

Versiones castellanas de la "Iliada"

Homero en España

Realmente, no podemos decir que haya sido demasiado grande la fortuna de Homero en España. Esta impresión que nos dejaba ya el estudio de Menéndez Pelayo sobre los traductores españoles de Homero, puesto al frente o, por decir mejor, al final de la *Iliada* de Hermosilla en la «Biblioteca Clásica», nos la viene a confirmar un reciente trabajo sobre *Homero en España* ¹.

Ninguno de nuestros grandes poetas o prosistas de la edad áurea sintió la tentación de medirse con Homero; primero, porque a la mayor parte se lo vedaba el desconocimiento de la lengua original y, luego, porque ni entonces ni después fué nuestro helenismo suficientemente extenso ni profundo. No se hallará en nuestra historia literaria un momento que pueda compararse con el que simboliza en Alemania el joven Werter —es decir, Goethe—, leyendo a su Homero.

García Malo

Aunque hay intentos anteriores, lo mismo en castellano que en latín —citemos, en castellano, al licenciado Juan de Lebrija Cano y en latín a Vicente Mariner de Alagón— lo cierto es que hasta el año 1788 no se imprimió en España ninguna versión completa de la *Iliada*. Tan alto honor se debe a Ignacio García Malo. La traducción está hecha en endecasílabos sueltos con los dos finales de cada estrofa —si de estrofas puede hablarse en Homero— formando pareados. Precede a la traducción un largo prólogo en que, a vuel-

¹ *Homero en España*, por J. Pallí (Barcelona, 1953).

las de ramplonas vulgaridades, nos es dado conocer el estado de la crítica homérica por aquellas fechas. García Malo no hace sino transmitirnos un débil eco de la ya extinta polémica francesa sobre antiguos y modernos. Loemos sus buenas intenciones (que es lo que Dios premia, siquiera los hombres, malos como somos, apenas si las tenemos en cuenta) que fueron de dar a conocer a Homero a quienes no pudieran leerlo en su lengua original, y notemos su humildad, rara virtud en nuestro gremio, que le lleva a calificar de «lánguida y fría *su poesía*» en comparación del original. Pero la obra misma es juzgada así por Menéndez Pelayo:

«Como obra poética, el Homero de García Malo (estimable a veces por la fidelidad) es infelicísimo, arrastrado y prosáico. Apenas puede soportarse su lectura. Pruébalo el lector y se convencerá por sí mismo. El intérprete llevaba en su nombre la sentencia».

Yo he hecho la prueba que recomienda M. Pelayo y hay que darle plenamente la razón en lo de hacerse la lectura insoportable y quitársela en la leve alabanza que tributa a su fidelidad. La interpretación del texto griego es frecuentemente disparatada. He aquí una muestra. Es un pasaje (A 33-42) que García Malo estudió sin duda con cuidado, como puede conjeturarse por indicaciones que leemos en el discurso preliminar (p. XIII):

El venerable anciano intimidado
 Con estas amenazas, obedece.
 Muy triste y taciturno se retira
 Por la costa del mar estrepitoso;
 Y estando muy distante de los Griegos,
 Dirige al Dios Apolo aquestos ruegos:
 »¡Oh gran Dios, que de plata el arco llevas,
 Y a Chrysa y Cila la divina amparas!
 ¡Rey de Tenedos pío y poderoso!
 ¡Oh Dios de Sminthol Si tu hermoso templo
 Alguna vez mis manos coronaron,
 Si grata alguna vez te fué la grasa
 De las piernas de Toros y de Cabras,
 Que he quemado gustoso en tus altares,
 Condesciende a mi ruego fervoroso.
 Haz que paguen mis lágrimas sensibles
 Los Dánaos con tus flechas invencibles».

El lector helenista, si tiene humor para éllo, puede hacer la comparación con el original. Apenas habrá verso que no se preste a una observación. No vale la pena hacerlas aquí.

He aquí otro ejemplo, que prueba la incapacidad del traductor para infundir algún aliento patético a pasajes impresionantes del original.

Es el momento en que Antíloco, hijo de Néstor, lleva a Aquiles la noticia de la muerte de su amigo Patroclo, que estremecerá el alma entera del héroe y le hará volver, en un instante, de su borrachera de orgullo y le lanzará otra vez a la acción heroica:

Mientras esto pensaba entre sí mismo,
A él inmediato llega el hijo ilustre
Del venerable Néstor, derramando
Ardiente llanto de sus tristes ojos,
Y así la nueva infausta le refiere:
«¡Ay hijo belicoso de Peléo!
¡Qué nueva vengo a darte tan funesta!
¡Ojalá que anunciarla no debiese!
Patroclo ya no existe: ahora combaten
Por llevar su cadáver unos y otros,
Pues yace de sus armas despojado
Con las que Héctor terrible está adornado».

Dixo así; y de dolor oscura nube
De Aquiles el espíritu rodea.
Toma con sus dos manos la ceniza
Todavía abrasando, la derrama
Encima su cabeza, y desfigura
Las graciosas facciones de su rostro,
Y la negra ceniza hace un ultraje
A su divina túnica. Al momento
Se tiende en tierra cuanto largo era,
Ocupando extendido un grande espacio,
Y las manos poniendo en sus cabellos
Los divide y arranca fieramente.
Las cautivas que a Aquiles y a Patroclo
Por suerte habían tocado en los aqueos,
Dan gritos y gemidos afligidas,
Y circuyen a Aquiles belicoso.

En el pecho y el rostro se dan golpes,
Y quedan todas ellas desmayadas,
Antíloco exhalaba por su parte
Suspiros muy profundos, oprimido
Su generoso corazón de angustia,

Y sin cesar lloraba amargamente.
 De Aquiles ase las robustas manos
 Temiendo que al impulso de su pena
 En el cuello se abriese con su acero
 Una mortal herida, y entre tanto
 Horrendos gritos daba el triste Aquiles.
 Le oyó su excelsa y venerable madre
 Que en el fondo del mar sentada estaba,
 Al lado de su padre ilustre anciano.
 Y alzó el grito también en el instante.

No se tome a petulancia que ponga aquí mi versión del mismo pasaje, pues menguado mérito había de tener, si sólo pudiera decirse en su justificación que supera a la de García Malo, como hace bien notar M. Pelayo respecto de la de Hermosilla.

«En punto que tan tristes pensamientos dentro su mente y corazón revuelve, el noble hijo de su Excelencia Néstor llegó cerca, y le dijo la lúgubre noticia»:

—¡Ayl hijo de Peleo valeroso, noticia por extremo luctuosa vas ahora a saber, que ojalá nunca aconteciera: Tendido está Patroclo, y ya en torno combaten del cadáver, desarmado, pues las armas, Héctor las tiene, el de fulgente yelmo.

Así dijo y a Aquiles negra nube / de dolor le cubrió. Con ambas manos, un puñado tomó de ahumado polvo, y encima lo vertió de su cabeza, la gracia amancillando de su rostro, y adherida, quedó sobre la túnica divina la ceniza negra. El mismo, sobre el polvo derribado, tendido estaba cuan largo era en su largura, y con sus manos, la blonda cabellera se manchaba al arrancársela, a par que las cautivas, botín que eran de Aquiles y Patroclo, grandes gritos lanzaban doloridas. De las tiendas / corren a rodear al valeroso Aquiles; todas, los pechos se golpean con sus manos, a par que sus rodillas se desatan.

Antíloco también se lamentaba, y lágrimas vertiendo, a Aquiles le tenía de las manos —su corazón glorioso gemía sin descanso—, pues temía / que a hierro se segara la garganta. Luego un ¡ay! espantoso lanzó Aquiles y al instante le oyó su madre augusta, que de asiento moraba en los profundos / senos del mar junto a su viejo padre, y un suspiro también lanzó en seguida, y en torno a ella, juntáronse en un punto cuantas diosas en el fondo del mar Nereidas eran.» (Il. 18, 22 ss.).

Hermostilla

A la versión de García Malo, siguió, en 1831, la de Gómez Hermostilla, el famoso preceptista de nuestra centuria decimonona, cuyo nombre se une a cierta crítica cicatera, minuciosa y superficial de la obra literaria, cuyo código es el *arte de hablar* del propio Her-

mosilla. Con razón se admira M. Pelayo de que pudiera salir de tan detestable preceptista tan excelente versión. Porque nuestro grande crítico, como también su grande amigo, Don Juan Valera, tuvieron en alta estima la obra de Hermosilla, hasta calificarla, Don Marcelino, como joya filológica; y opinar, Don Juan, *que supera a la traducción inglesa de Pope y a todas las francesas, y sólo cede a la alemana de Voss y a la italiana de Monti.*

He aquí un breve fragmento de la apología hecha por M. Pelayo de la versión hermosillesca:

«La traducción de Hermosilla es fiel, exacta y literal, en cuanto puede serlo una traducción poética (y adviértase que los poetas jamás deben traducirse en prosa); está hecha con admirable inteligencia del texto griego, y demuestra en su autor largos y profundos estudios, que son su verdadero título de gloria, más bien que los aciertos y errores de su crítica. Se hallan en esta versión corregidos no pocos defectos de inteligencia del sentido notados en otros intérpretes, por más que aún queden algunos inevitables en obra tan difícil».

Son palabras consoladoras.

El último juicio del Maestro sobre este punto es sin duda el que consigna en carta al Dr. Segalá, que vamos también a reproducir:

«Creo y he sostenido siempre, contra la opinión vulgar, que la traducción de Hermosilla tiene cosas apreciables y que en general es fiel y exacta. Su autor hizo todo lo que pudo hacer quien no había nacido poeta, pero había trabajado toda su vida sobre el texto de Homero, y sentía a su modo la poesía homérica con las limitaciones propias de la crítica de su tiempo. Pero es claro que su obra quedó a gran distancia de la perfección, comparada con la de Voss y con la misma italiana de Monti, aunque este último fuese poco helenista».

Aun respetando este juicio, tan matizado, por otra parte, del Maestro, nosotros nos iríamos fácilmente con la opinión vulgar que estaba, por lo visto, contra Hermosilla. Para quien conozca directamente a Homero, la traducción del preceptista decimonónico es insoportable; para quien no lo conozca, apenas si logrará por ella barruntar nada de su poesía. (Ahora que ¿no será ese el sino inexorable de todo traductor del divino aedo?) Lo mejor que, a mi ver, tiene el Homero hermosillesco es lo castizo de su lenguaje, como de quien se nutriera en la lectura de nuestros mejores clásicos. Yo lamento ahora que, en mi afán adánico, no se me ocurriera leer con más frecuencia el texto de Hermosilla. Mi versión hubiera sin duda ganado.

Escrito ese juicio, yo no siento muy tranquila mi conciencia. Abro otra vez el estudio de M. Pelayo y, después de la transcripción de unos fragmentos del canto VI, nos dice el maestro:

«Leído con detención este fragmento, tome mi lector el texto griego, convénzase de la fidelidad y exactitud con que está vertido, consulte a mayor abundamiento la interpretación literal latina corregida por Dindorf y la paráfrasis que en exámetros (*sin hache en M. P.*) y visto lo que puede conseguir el trabajo de filólogos y humanistas, vea cómo interpretó este pasaje un verdadero y altísimo poeta».

Y aquí viene la transcripción de la versión de Monti (de la que antes se dice estar generalmente tenuta por superior a cuantas se han hecho en todas las lenguas).

Vamos a obedecer en lo posible, a Don Marcelino.

Tomemos ante todo un fragmento de la versión de Hermosilla, el mismo, completándolo, que él transcribe:

Y Andrómaca, acercándose afligida,
lágrimas derramaba. Y al esposo
asiendo de la mano y por su nombre
llamándole, decía acongojada:

«¡Infeliz! Tu valor ha de perderte:
ni tienes compasión del tierno infante,
ni de esta desgraciada, que muy
[pronto
en viudez quedará, porque los Grie-
[gos,

cargando todos sobre ti, la vida
fieros te quitarán. Más me valiera
descender a la tumba, que privada
de ti quedar, que si a morir llegases,
ya no habrá para mí ningún consuelo,
sino llanto y dolor. Ya no me quedan
tierno padre ni madre cariñosa.

Mató al primero el furibundo Aquiles,
mas no lo despojó de la armadura
aun saqueando a Teba; que a los Dio-
[ses

temía hacerse odioso. Y el cadáver
con las armas quemando, a sus ceni-
[zas

una tumba erigió, y en torno de ella
las ninfas que de Júpiter nacieron,

las Oréades, álamos plantaron.

Mis siete hermanos en el mismo día
bajaron todos al averno oscuro;
que a todos de la vida despiadado
Aquiles despojó, mientras estaban
guardando los rebaños numerosos
de bueyes y de ovejas. A mi madre,
la que antes imperaba poderosa
en la rica Hipoplacia, prisionera
aquí trajo también con sus tesoros,
y admitido el magnífico rescate,
la dejó en libertad; pero llegada
al palacio que fuera de su esposo,
la hirió Diana con suave flecha.

¡Héctor! tú solo ya de tierno padre,
y de madre me sirves y de hermanos,
y eres mi dulce esposo. Compadece
a esta infeliz; la torre no abandones
y en la orfandad no dejes a este niño
y viuda a tu mujer. En la colina
de silvestres higueras coronada,
nuestra gente reúne, que es el lado
por donde fácilmente el enemigo
penetrar puede en la ciudad, y el mu-
[ro

escalar de Ilión. Hasta tres veces

por esa parte acometer tentaron
 los más ardidos de la hueste aquea:
 los Ayaces, el Rey Idomeneo,
 los dos Atridas y el feroz Diomédes;
 o ya que un adivino este paraje
 les hubiese mostrado, o que secreto
 impulso los hubiese conducido.»

Respondió el héroe a su afligida

[esposa:

«Nada de cuanto dices se me oculta.
 pero temo también lo que dirían
 contra mí los troyanos y troyanas,
 si cual cobarde de la lid huyera.
 Ni lo permite mi valor, que siempre
 intrépido he sabido presentarme
 en la liza, y al frente de los Teucros
 pelear animoso por la gloria
 de mi padre y la mía. Bien conozco,
 y el corazón y el alma lo presienten,
 que ha de llegar el día en que asola-

[do
 será el fuerte de Ilión, y en que pe-

[rezcan

Príamo y su nación tan poderosa.
 Pero no tanto la común ruina
 que a los demás troyanos amenaza,
 ni de Hécuba la suerte y de mi padre
 el Rey Príamo siento y mis herma-

[nos,

que muchos y valientes por la diestra
 de nuestros enemigos en el polvo
 derribados serán, como la tuya,
 que algunos de los príncipes aqueos,
 dejándote la vida, por esclava
 a Argos te llevará, bañada en lloro.
 Y allí, de una extranjera desdeñosa
 obediente a la voz, a pesar tuyo
 y a la necesidad cediendo dura,
 la tela tejerás e irás por agua
 a la fuente Meseida o Hiperea.
 Y cuando vayas, los Argivos todos
 que te vean pasar triste y llorosa,
 el uno al otro se dirán alegres:
 Esa es la viuda de Héctor, el famoso
 campeón que de todos los Troyanos
 era el más fuerte cuando en torno al

[muro

de Ilión con los Griegos peleaban.
 Así alguno dirá, y al escucharle
 nuevo dolor afligirá tu pecho;
 y mucho entonces sentirás la falta
 de tu Héctor, el solo que podría
 de esclavitud sacarte si viviese.
 La tierra amontonada mi cadáver
 antes oculte, que llevarte vea
 por esclava y escuche tus gemidos.»

Hermosilla no nació poeta, de lo que no le vamos a echar la culpa. He aquí ahora cómo traduce, es decir, como había ya traducido ese pasaje un verdadero y altísimo poeta, el italiano Vincenzo Monti:

Finito non avea queste parole
 La guardiana che veloce Ettore
 Dalle soglie si spicca, e repitendo
 Il già corso sentier, fende diritto
 Del grand'Ilio le piazze; ed alle Scee,
 Onde al campo é l'uscita, ecco d'incontro
 Andromaca venirgli, illustre germe
 D' Eezione, abitator dell'alta
 Ipóplaco silvosa, e de Cilici
 Dominator nell'ipoplacia Tebe.

Ei rieca di gran dote al grande Ettore
 Diede a sposa costei, ch'ivi allor corse
 Ad incontrarlo; e seco iva l'ancella
 Tra le braccia portando il pargoletto,
 Unico figlio dell'eroe troiano,
 Bambin leggiadro como stella. Il padre
 Scamandrio lo nomava, il vulgo tutto
 Astianatte, perché il padre ei solo
 Era dell'alta Troia il difensore.

Sorriese Ettore nel vederlo, e tacque

Ma di gran pianto Andromaca bagnata,
 Accostossi al marito, e per la mano
 Stringendolo, e per nome in dolce suono
 Chiamandolo, proruppe: — Oh troppo ar-
 Il tuo calor ti perderá: nessuna dito!
 Pietá del figlio né di me tu senti,
 Crudel, di me, che vedova infelice
 Rimarrommi tra poco, perché tutti
 Di conserto gli Achei contro te solo
 Si scaglieranno, a trucidarti intesi:
 E a me sia meglio allor, se mi sei tolto,
 L'andar sotterra. Di te priva, ah lassal
 Ch'altro mi resta che perpetuo pianto?
 Orba del padre io sono e della madre.
 M'uccise il padre lo spietato Achille,
 Il di che de Cilici egli l'eccelsa
 Popolosa città Tebe distrusse;
 M'uccise, io dico, Eezion quel crudo:
 Ma dispogliarlo non osó, compreso
 Da divino terror. Quindi con tutte
 L'armi sul rogo il corpo ne compose,
 E un tumulo gli alzó, cui di frondosi
 Olmi le figlie dell'Egioco Giove,
 L'Oréadi pietose, incoronaro.
 Di ben sette fratelli iva superba
 La mia casa. Di questi in un sol giorno

Lo stesso figlio della Dea sospinse
 L'anime a Pluto, e li trafisse in mezzo
 Alle muggianti mandre ed alle gregge.
 Della boscosa Ipóplaco reina.
 Mi rimaneva la madre. Il vincitore
 Coll'altre prede qua l'addusse, e poscia
 Per largo prezzo in libertá la pose.
 Ma questa pure, ahimé! nelle paterne
 Stanze lo stral d'Artémide trafisse.
 Or mi resti tu solo, Ettore caro;
 Tu padre mio, tu madre, tu fratello,
 Tu florido marito. Abbi deh! dunque
 Di me pietade, e qui rimanti meco
 A questa torre; né voler che sia
 Vedova la consorte, orfano il figlio.
 Al caprifico i tuori guerrieri aduna,
 Ove il nemico alla città scoperse
 Più agevole salita e più spedito
 Lo scolar delle mura. O che agli Achei
 Abbia mostro quel varco un indovino,
 O che spinti ve li abbia il proprio ardire.
 Questo ti basti: che i più forti quivi
 Già fér tre tre volte di valor periglio,
 Ambo gli Aiaci, ambo gli Atridi, e il
 Sire di Creta ed il fatal Tidide... chiaro

Pongamos seguidamente la perífrasis que del pasaje hizo el
 P. Alegre:

Dixerat, atque Hector subitus vestigia torsit,
 Emensusque urbem inmensam, atque strata viarum
 Venerat in portam, castris quae obversa jacebat,
 Quum festina gradum subito stetit obvia conjux
 Andromache, magni proles pulchra Eetionis,
 Dives Hypoplaciae quondam qui moenia Thebes,
 Et Cylicum populos lata ditioe tenebat.
 Nutricisque sinu gestatur parvulus infans
 Unicus Hectorides roseo pulcherrimus ore
 Flos veluti, aut qualis fulget Cythereius ignis.
 Hunc pater, et genitrix dixere Scamandrion, ipsum
 Sed reliqui Astianacta vocant, namque ense, manuque
 Hectoris unius steterat Neptunia Troja.
 Arrissit puero blandum pater, anxia contra
 Andromache, et lacrimis oculos suffusa decoros,

Ah potius miserere, inquit, gnatique, meique,
 O dulcis conjux: virtus tua maxima teque,
 Meque etiam perdet: viduam, luctuque sepultam
 Mox linques, namque in te omnes facto agmine Graii
 Undique consurgent, magnae spes unica Trojae.
 Me tamen ante premat mors, quam te, chare, peremptum
 Audiero, quid enim miserae tum denique restat?
 Nec mihi jam genitrix, genitorve, hunc saevus Achilles
 Victor Hypoplaciam Theben, Cylicumque feraceis
 Depopulatus agros, Stygias demisit in umbras.
 Non tamen aut armis, pulchro aut spoliavit amictu,
 Religio vetuit; justis rite solutis
 Exuviasque viri, flammis crepitantibus artus
 Comburi jussit, tumulique adjecit honorem
 Aggere composito; at Nymphae frondentibus ulmis
 Ornavere locum, Nymphae Jovis aurea proles,
 Candidae Orestiades: septem tum corpora fratrum
 Una dies laetho dedit, vis effera Achillis.
 Olli armenta procul pascebant valle reducta,
 Lanigerosque greges: charam tum denique matrem
 Huc postquam advexit spoliis ditatus opimis
 Dimisit tandem in patriam auri pondere magno
 In pretium accepto; ast illam vix pace fruentem
 Alma soror Phoebi Cocyti emisit in undas.
 Ac tibi sum primis virgo conjuncta hymenaeis.
 Chare, precor miserere (tuae si taedia vitae
 Ceperunt te tanta) mei, gnatique tenelli.
 Hac tutus reside in turri. Teucrumque comantum
 Stare jube turmas patulam juxta caprificum,
 Qua facilis Danais aditus, muri que fatiscunt.
 Illac ter ferro Idomeneus perrumpere, terque
 Ajaces gemeni, et geminus tentavit Atrides,
 Tydidisque ferox, seu quisquam haec suaserit augur,
 Sive animam audacem impulerit sua cuique cupido.
 Haec fatur lacrimans, contra sed Trojus Hector:
 Parce tuis moerentem animum afflictae querelis,
 O pulchra Andromache, vita mihi charior ipsa;
 Quae memoras, haerent imis defixa medullis;
 Iliades sed enim vereor, vereorque feroceis
 Dardanidas, me qui merito ignavumque vocabunt,
 Degeneremque, truci videant si absistere pugna.
 Et me patris honos Priami, laudisque futurae
 Raptat amor saevum in Martem, caedeisque cruentas.
 Ab puero siquidem gravibus sudare sub armis,
 Et primam didici ante aciem contendere in hosteis.
 At scio, nec me fallit amor, scio: Pergama tandem

Sacra ruent, Priamusque senex, Priamique potentis
 Regna antiqua; manet fatorum immobilis ordo.
 Nec patriae tamen ardentis, Priamive perempti,
 Aut Hecubae, aut fratrum tristi sub morte cadentum
 Torquet corda dolor, labefactaque viscera tantum,
 Quantum chara, tui, Danaum quam forte gementem
 Captivam quisquam Argolicas abducat in urbeis
 Texturam arbitrio dominae, jussuque superbae,
 Laturamve humeris Messeidos, aut Hyperies
 Pulchro ex fonte gravi pressam sub pondere limphas.
 Adspectansque aliquis lacrimantem, et multa dolentem,
 Haec, dicet, conjux erat Hectoris, inclytus olim,
 Qui fuit in Teucris, et praestantissimus armis.
 Sic Danai quondam; sed me atro funere raptum
 Terra tegat congesta, oculis, dilecta, priusquam
 Captivam his videam, abductam vel te auribus istis
 Audiero. Haec fatus, chari pater oscula nati...

Tres intentos poéticos sobre el texto homérico. Como contraste he aquí la versión en prosa de Luis Segalá, que puede muy bien sustituir al texto griego. El lector podrá con ella comprobar qué ha quedado y qué se ha perdido de Homero en Hermosilla, en Monti y en Alegre:

«Así habló la dispensera, y Héctor, saliendo presuroso de la casa, desanduvo el camino por las bien trazadas calles. Tan luego como, después de atravesar la gran ciudad, llegó a las puertas Esceas —por allí había de salir al campo—, corrió a su encuentro su rica esposa Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, que vivía al pie del Placo en Tebas de Hipoplacia y era rey de los cilicios. Hija de éste era, pues, la esposa de Héctor, de bronceína armadura, que entonces le salió al camino. Acompañábale una sirvienta, llevando en brazos al tierno infante, al Hectórida amado, parecido a una hermosa estrella, a quien su padre llamaba Escamandrio y los demás Astianacte, porque sólo por Héctor se salvaba Ilión. Vió el héroe al niño y sonrió silenciosamente. Andrómaca llorosa, se detuvo a su lado, y asiéndole de la mano le dijo:

ANDRÓMACA.—¡Desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante ni de mí, infortunada, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y acabarán contigo. Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara; porque, si mueres, no habrá consuelo para mí, sino pesares; que ya no tengo padre ni venerable madre. A mi padre mató el divino Aquileo, cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Tebas, la de altas puertas; dió muerte a Eetión, y, sin despojarle, por el religioso temor que le entró en el ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió un túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos las ninfas monteses, hijas de Zeus, que lleva la égida.

Mis siete hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues a todos los mató el divino Aquileo, el de los pies ligeros, entre los flexipedes bueyes y las cándidas ovejas. A mi madre, que reinaba al pie del selvoso Placo, trájola aquél con otras riquezas y la puso en libertad por un inmenso rescate; pero Artemis, que se complace en tirar flechas, hirióla en el palacio de mi padre. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi venerable madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo. Pues ea, sé compasivo, quédate aquí en la torre —no hagas a un niño huérfano y a una mujer viuda!— y pon el ejército junto al cabrahigo, que por allí la ciudad es accesible y el muro más fácil de escalar. Los más valientes —los dos Ayantes, el célebre Idomeneo, los Atridas y el fuerte hijo de Tideo con los suyos respectivos— ya por tres veces se han encaminado a aquel sitio para intentar el asalto: alguien que conoce los oráculos se lo indicó o su mismo arrojó los impele y anima.

Contestóle el gran Héctor, el de tremolante casco:

HÉCTOR.—Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las troyanas de rozagantes peplos, si como un cobarde huyera del combate; y tampoco mi corazón me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre las teucros, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo conoce mi inteligencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezca la sagrada Ilión, Príamo y el pueblo de Príamo, armado con lanzas de fresno. Pero la futura desgracia de los troyanos, de la misma Hécuba, del rey Príamo y de muchos de mis valientes hermanos que caerán en el polvo a manos de los enemigos, no me importa tanto como la que padecerás tú cuando alguno de los aqueos, de bronceas corazas, se te lleve llorosa, privándote de libertad, y luego tejas telas en Argos, a las órdenes de otra mujer, o vayas por agua a la fuente Meseida o Hiperea, muy contrariada, porque la dura necesidad pesará sobre ti. Y quizás alguien exclame al verte derramar lágrimas: «Esta fué la esposa de Héctor, el guerrero que más se señalaba entre los teucros, domadores de caballos, cuando en torno de Ilión peleaban». Así dirán, y sentirás un nuevo pesar al verte sin el hombre que pudiera librarte de la esclavitud. Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus clamores o presencie tu rapto.

En fin, aquí va también mi intento, fracasado como cualquier otro, pero que podrá servir al lector como un nuevo contraste:

«La buena despensera así le hablara, y Héctor precipitóse fuera de su casa, el anterior camino deshaciendo, por las bien construídas avenidas. Y ya que la ciudad atravesando, a las puertas Esceas llegado era, por donde a campo raso saldrá luego; allí al encuentro le salió corriendo la esposa que él otrora con presentes mil pagara, Andrómaca de Eetión la noble hija, de aquel Eetión de corazón magnánimo, que al pie moraba del selvoso Placo, en Teba, la Hipoplaquia, de los hombres cilicios soberano. Pues de este rey la noble hija, el de fulgente yelmo poesía. Ella, pues, al encuentro allí le sale y a su lado venía la azafata, que en los brazos traía al tierno niño, chiquito todavía, al hectórida amable, a un her-

Héct

moso lucero parecido. Héctor solía llamarle el Escamandrio, mas la gente le decía Astianacte, «de la ciudad defensa», pues solo Héctor, la defensa era de Ilio. El, sí, mirando al niño, silencioso, sonrióse; pero Andrómaca, poniéndose ~~en~~ su lado rompió en llanto, asíóle fuertemente de la mano y palabra le dijo y dióle nombre:

—Malhadado, ese tu ardor guerrero ha de perderte, y lástima no has del tierno niño ni de mí, infortunada, que muy pronto, viuda seré de tí, porque muy pronto te matarán, echándosete en masa los aqueos. Y entonces para mí, de tí privada, mejor fuera el hundirme bajo tierra; que una vez que tú cumplas tu destino, ya no habrá para mí consuelo alguno, mas pesares; pues ni padre ni augusta madre tengo. A mi padre, matárale el divino Aquiles, después de saquear la bien poblada ciudad de los cilicios, Teba, la de altas puertas. Sí, a mi padre Eetión matóle Aquiles, mas no osó despojarle de sus armas, que ese rastro de escrúpulo aun sentía, sino quemóle con las propias armas, un primor de trabajo, y túmulo de tierra elevó encima y en derredor las ninfas de los montes, hijas de Zeus portaégida, unos olmos sombríos le plantaron. Siete hermanos tenía yo en palacio y en un día los siete, al profundo de Hades descendieron, pues a todos matómelos Aquiles el divino, el de los pies ligeros, sorprendidos entre los bueyes de torcido paso y las blancas ovejas. A mi madre, por fin, que reina fuera al pie del Placo nemoroso, con el otro botín aquí la trajo y luego a cambio de rescate inmenso, dióle la libertad; mas Artemis flechera, su saeta en casa de su padre disparóle. Héctor, tú eres para mí padre y madre augusta, tú eres para mí hermano, porque tu eres florido esposo mío. Pues ahora, ten lástima de mí y sobre la torre, aquí mismo hazte fuerte, y huérfano no dejes a éste niño y viuda a tu mujer. Detén tú gente, cerca del cabraigo, por el trecho, donde la ciudadela es escalable y fácil de expugnarse la muralla. Por ahí han intentado ya tres veces los más bravos aqueos atacarla, gentes de ambos Ayantes, y del glorioso Idomeneo, y de los dos Atrides, y del hijo esforzado de Tideo. Quizá alguien se lo dijo, que sabe bien de oráculos celestes, quizá su propio corazón, incítalos a ello y se lo manda.

A su vez el grande Héctor, de yelmo refulgente, respondióle:

Sí, todo eso también a mí, mujer, me acuita, pero terriblemente, avergonzárame delante de troyanos y troyanas de peplos rozagantes, si cobarde, lejos me agazapara de la guerra. Y el corazón tampoco me lo manda, porque yo he aprendido a ser valiente en todo tiempo y a luchar el primero entre troyanos para acrecer la gloria de mi padre y mía propia. Porque yo sé muy bien —el corazón, el alma me lo dice— que día ha de venir en que perezca Ilio la sacra y Príamo, y el pueblo de Príamo lancero valeroso. Mas no tanto me acuita, el duelo que a mis gentes les espera, ni el de la misma Hécabe o el soberano Príamo; ni ver a mis hermanos, que valientes y numerosos son, caer al polvo, a los golpes de guerreros enemigos, cuanto el tuyo, mujer, cuando cautiva, llorosa algún aqueo se te lleve —de bronceína loriga—, después de arrebatarle el día libre. Y allá en Argos quizá, mandada de otra, al telar tejerás o de la fuente Meseida o Hiperea, bien contra tu querer, traerás agua, que sobre tí, dura necesidad pesará entonces. Y allora posible es que alguno diga, cuando te vea en lágrimas bañada;

«Mira la mujer de Héctor, el que fuera el más valiente entre troyanos, domadores de caballos, cuando en torno de Ilio combatían». Así entonces dirán y dolor nuevo será ello para ti, desamparada del hombre que podía defenderte del día de esclavitud. Mas que yo muera, que tierra amontonada me sepulte, antes que oír tus tristes alaridos y saber que te arrastran ya cautiva.» (Il. 6, 375 ss.).

Recuerde el lector que tratábamos, guiados por M. Pelayo, de juzgar equitativamente la versión de Hermosilla. Ahí le hemos ofrecido elementos bastantes de comparación. Indubitable, fracaso; pero no mucho mayor que el de Monti, el de Alegre, el de Segalá y naturalmente, también el mío. Lo que a todos nos salva es nuestro intento de atacar esa ciudadela de la poesía por el flanco que nos parece más accesible, ora nos lo haya dicho algún augur de la filología, ora nuestro propio corazón nos empuje y mande.

Segalá

La primera versión directa y literal de la *Iliada* en prosa castellana que se ha impreso en España es la del que fué catedrático de lengua griega de la Universidad de Barcelona, Dr. Luis Segalá y Estalella, publicada con ilustraciones de Flaxmann y A. J. Church en 1908. A la *Iliada* siguió la *Odisea* en 1910, y a la *Iliada* y a la *Odisea*, las *Obras completas de Homero* en 1927 en un magno volumen, magníficamente ilustrado, editado por Montaner y Simón. El júbilo y emoción con que Menéndez Pelayo, tocando ya al ocaso de su carrera, recibió las versiones de la *Iliada* y de la *Odisea* por el Dr. Segalá, tenían casi el aire y el sentido de una liberación. Su grande amor a las letras clásicas y su ardiente patriotismo debieron de sentirse como aliviados de una pesadilla. Por fin se había hecho algo digno de Homero en España. En carta al benemérito helenista, que éste hizo muy bien en reproducir autógrafa en su magna edición homérica de 1927, le decía nuestro grande humanista:

«La *Iliada* de Homero traducida por V., figurará en primera línea en mi biblioteca, no ya por su espléndida tipografía, sino por ser hasta ahora el más digno tributo que la ciencia de nuestros helenistas ha pagado a la primera epopeya del mundo. Y no sólo hay en ella fidelidad a la letra, sino profunda comprensión de la poesía épica y del nativo candor y sabio artificio que andan mezclados en el estilo de Homero y muy singularmente le caracterizan, haciéndole a un tiempo

dechado de la poesía espontánea y de la poesía reflexiva: fenómeno único en todas las literaturas. Además, la dicción castellana es pura y correcta y no tiene ese sabor bárbaramente galicano que afean tantos escritos de nuestros días.

La versión de Segalá, sobria, exacta y castiza, ha imperado señera en España en lo que va de siglo, y ni ha sido superada ni puede fácilmente serlo. Lo que sí ha sido es plagiada y saqueada por tanto traductor pirata como anda por esos mares ignotos de la lengua griega y de otras lenguas. Si algún defecto pudiera ponerse a la traducción de Segalá es estar en prosa y resultar muchas veces fatalmente prosáica. Sin embargo, por su misma fidelidad a la letra es indudablemente la traducción que más conserva de espíritu homérico, como percibió bien Menéndez Pelayo. En realidad, tocamos aquí el pleito, que no sabemos si tiene solución, entre los traductores en prosa y en verso de Homero o de cualquier otro poeta. Arriba hemos oído decir a Menéndez Pelayo, de modo categórico, que jamás ha de traducirse a un poeta en prosa. Al llegarle la versión de Homero por Segalá su juicio se matiza y formula una especie de compromiso:

«Además, las traducciones en verso, que en mi concepto deben seguir haciéndose, como las hacen los alemanes, los ingleses y los italianos, acercándose cada vez más al ritmo original, lo cual no es imposible en nuestra lengua, no excluyen, sino que al contrario reclaman imperiosamente la competencia o, por mejor decir, el concurso de las traducciones en prosa en las cuales cabe siempre un grado mayor de literalidad, y que pueden dar más completa idea del original a los que no pueden leerlo en su lengua.

De este género de traducciones, que no son prosáica transcripción, sino interpretación respetuosa, ceñida y fiel del pensamiento poético, es notable modelo, a mi juicio la que V. nos ha dado de la *Iliada*...

En este pleito del verso y la prosa, tal vez sea útil escuchar a un testigo autorizado, siquiera se refiera a la labor realizada por los traductores franceses de Homero. Paul Mazon, buen conocido nuestro, pondera exactamente la dificultad, lo imposible de la tarea que se impone el intérprete de Homero:

«Todos los traductores de Homero se hallan fatalmente ante la misma alternativa: Renunciar al estilo formulario para conservar el movimiento —pero Homero sin fórmulas no es ya Homero—, o conservar el estilo formulario y renun-

ciar al movimiento. Pero Homero sin movimiento no es tampoco Homero; digamos mejor, no es nada.»

Dos soluciones únicas —nos dice Mazón— se han intentado en Francia: El verso —que de suyo habría de conservar el movimiento—, y la prosa, que parece habría de ser capaz de reproducir las fórmulas homéricas. «Pero lo singular es que —al revés de lo que acontece con otros escritores— las traducciones en verso son las más exactas, al mismo tiempo que las más triviales; las traducciones en prosa son las más libres, al mismo tiempo que las más originales. Y ya he dado anticipadamente la razón: Las primeras, siguiendo más de cerca el hexámetro griego, han guardado algo del estilo formulario; las segundas, apartando deliberadamente toda fórmula, han tratado de sustituir al movimiento original el que convenía al carácter del francés —o más exactamente—, al francés de su tiempo»².

La cuestión queda *sub iudice*, y proseguimos.

Los "acaïenos"

Para anatematizarla una vez más, citemos la retraducción del francés hecha sobre la versión de Leconte de Lisle por un Gómez de la Mata, en que se nos habla de acaïenos, de argïenos y danaenos y de mil lindezas más. Es bochornoso que eso haya andado jamás en manos españolas (cuando cayó casualmente en las mías quise quemar el libro en holocausto a Homero, pero me lo impidió el fervor con que su propietario lo leía) y doblemente bochornoso que, publicadas las versiones de Segalá, se acudiera a retraducción del francés. Ningún índice más triste de nuestro abandono de los estudios clásicos. Eso pasaba en 1915. Afortunadamente, tiempos ya remotos. Reproducir aquí nada de semejante engendro sería una profanación.

Aguado

En 1935 publicó José M.^a Aguado «La Ilíada de Homero», que ya de golpe califica de «epopeya dramática en cuatro jornadas»,

² P. MAZON, *Iliade*, t. I, p. XV-XVI.

precedida de un prólogo y seguida de dos apéndices, traducida verso a verso y palabra por palabra. La versión va precedida, en efecto, de una larga introducción, que se lee con interés, siquiera la afeen incontables erratas y echemos de menos todo rigor bibliográfico y de referencias. Quizá no era muy abundante la biblioteca del cura de Ventosa de la Cuesta, en la provincia de Valladolid. La versión misma es lo más original que cabe imaginar. El traductor, impregnado de la lengua, del estilo y del espíritu de nuestras gestas y romancero, da a su versión en «orondo romance» un sabor épico que, a veces, nos hechiza. Realmente hay momentos en que no sabemos si nos hallamos en el mundo de la *Iliada* o entre los caballeros de nuestros romances: He aquí una muestra:

«Glauco, de Hipóloco hijo, y el hijo del (gran) Tideo con ansia de guerra, de ambas huestes concurren al medio: Cuando los dos se encontraron, uno contra el otro yendo; así primeras hablaba Diomedes grita bueno:

¿Quién eres tú, avenjentado de entre los hombres mortales? No recuerdo en las batallas, prez de varones, de antes haberte visto; y ahora mucho de todos adelante a esperar mi lanza luenga sombría con valor sales. De tristes padres nacieron cuantos mi brío afrontaren. Si eres alguno, bajado del ciel, de los inmortales... yo no quisiera batirme con los dioses celestiales: quien una vez las nodrizas del beudo Dionisios amedrentó por los bosques bellos del Nisa; y ellas esparcen los tirsos en tierra, del homicida Licurgos ante la guiada que les acosa; y hasta Dionisio fugábase y en la onda del mar hundióse; y en su seno Tetis, amedrentado le recibía, la voz del hombre zumbándole. Por eso le lastimaron pues los dioses, vida fáciles, y ciego le dejó el hijo de Crono, ni ya muy tarde murió, aborrecido de todos los dioses inmortales. No quisiera yo pues con los dioses felices combates. Si eres uno de los hombres que el fruto del campo pacen, acércate para presto llegar de la muerte al trance. A quien de Hipóloco el hijo famoso así le responde: Tideoz, gran cuer! ¿por qué indagas sobre mis generaciones?

Cual de las hojas la generación, tal la de los hombres: las hojas, unas el viento derrama en tierra; y el bosque otras engendra florido cuando primavera corre».

El Dr. Pallí califica la versión de Aguado como la mayor tortura a que puede someterse a Homero. Realmente, el arcaísmo está llevado muy lejos. ¿Quién entenderá en pleno siglo XX ese «gran cuer» que designa a «Tideoz», es decir al Tídida hijo de Tideo? ¡Imposible familiarizarnos con Atrédez, Crónez, Peliaz, Heracliz, etc., etc.! Es decir, nos familiarizamos demasiado. El hijo de un dios o de un rey, se nos convierte en un Pérez o Gómez Díaz y Armen-

dáriz más, de los que hallamos al volver de cualquier esquina y a quien, por viejos amigos, les damos unos golpecitos en la espalda. Y eso, con los héroes homéricos, no. So pena de que ¡adiós epopeya homérica!

Bergua

Con la versión de Aguado, ofrece la de Bergua el más fiero contraste. En realidad no se sabe si Bergua es el traductor o el editor o todo en una pieza. Lo que sí puede asegurarse es que no está hecha por un helenista ni, por ende, sobre el texto original. Es una auténtica prosificación y hace de la epopeya una novela. La exactitud o fidelidad a los textos griegos de que se nos habla en la introducción, deja mucho que desear, excepto, seguramente, en los pasajes en que se sigue a la letra la versión de Segalá, según nos dice haber comprobado el Dr. Pallí. El espíritu homérico se volatiliza por entero. No hay que sorprenderse que ande por la enésima edición. Hecha para andar en manos de todos, el traductor la ha aligerado de cuanto puede pesar al lector corriente, que no quiere epopeya, cosa arcaica y arcaizante, densa y lenta, sino novela y, mejor aún, cine: aventura y movimiento (y precio barato en la librería).

J. M. Pabón

Una traducción, no completa, de la *Iliada* (y también de la *Odissea*) se debe al catedrático de la Universidad de Madrid, D. José M. Pabón, eximio literato y maestro de humanistas, aparecida en Barcelona en 1947. La versión va precedida de un estudio preliminar, para el que toda loa sería menguada. ¡Qué delicia leer este límpido castellano que brota a borbotones como de un hontanar primero! ¡Qué profundo conocimiento, qué familiar simpatía con el poema supone lograr resumirlo con nitidez, con vida y movimiento en unas cuantas páginas! Pabón admite decididamente la unidad de la *Iliada*, y a ello le lleva por igual su ciencia de filólogo y su sentido poético. Y además: «En tanto pueda llamarse autor de una obra al que levanta el armazón de su unidad, el poeta que enlazó los tres temas del rencor de Aquiles contra Agamenón, la muerte

de Patroclo y la caída de Héctor, es, llámese o no Homero, el autor de la *Iliada*», ¿Y como llamarle, sino Homero?

El estudio de la poesía homérica que luego sigue —de la poesía, del poeta y de los hombres que poeta y poesía representan— es lo más penetrante, lo más fino y luminoso que pueda leerse en castellano— en muy buen castellano por cierto. Yo celebro no haberlo leído hasta el momento de terminar mis prolegómenos a Homero, que no hubiera escrito de haber conocido antes la exposición de Pabón. Homero, sin embargo, soporta esto y mucho más. Quien posiblemente no lo soportará será el lector, lo que tiene fácil remedio: saltárselos y entrarse sin permiso de nadie por el texto mismo del poeta. En definitiva, lo que al poeta creador le importa es crear, y al lector de poesía, que es también creador o poeta de ella, leerla. Luego, hay que hacer como hacía aquel buen *pagés* de Eugenio d'Ors: se quitaba, en verano, la barretina, se ponía su gran sombrero de paja, de segador, e insensible al juicio de los ignaros, proclamaba, mientras saboreaba la dulzura de la gran sombra en el rostro:

—Que vayan diciendo, que vayan diciendo.³

La última página del Estudio Preliminar de Pabón es para mí del más alto interés. Ahí se expone con absoluta franqueza el pensamiento del catedrático de la Universidad de Madrid, humanista y poeta, sobre la cuestión largamente debatida de si los poetas han de traducirse en prosa o en verso. Sobre ella opina Pabón que no parece que quepa diversidad de criterio si se la plantea en sus justos términos. He aquí cómo la plantea él:

«Puesto que el traductor ha de tender a recoger todos los valores del original, es claro que no debería prescindir del verso, que es uno de ellos. Contra tal consideración cabe únicamente oponer que las dificultades de la traducción en verso son tan grandes que el éxito en la empresa sólo se consigue con sacrificio de la fidelidad y pérdida de otras calidades más íntimas y preciosas que la forma métrica. El argumento, pues, de los partidarios del verso tiene un carácter abstracto y absoluto, mientras que el de la prosa es de alcance meramente práctico y relativo. Estos últimos, en efecto, no podrán negar que si se encuentra un traductor suficientemente hábil para conservar con la versificación la fidelidad y el tenor literario del original, su versión resultará preferible a la de todos los prosadores; y, de hecho, en diversos países de Europa se han publicado de Homero y otros poetas antiguos tan excelentes versiones metrificadas que nadie lee ya las hechas en prosa».

³ *Aldeamediana*, p. 107.

Noblemente confiesa, renglón seguido, que él no se ha sentido con alientos para tamaña empresa, y ello es una verdadera pena. Sólo, en apéndice, nos ofrece la versión rítmica del canto VI de la Odisea. Ello le pone en el gravísimo deber de darnos un día la Odisea íntegra.

He aquí, para honor de estas páginas de HELMATICA, una muestra de la versión rítmica de Pabón:

«Allí el divinal, pacientísimo Ulises dormía,
de cansancio rendido y de sueño; y Atena, entretanto,
marchó a la ciudad y mansión de las gentes feacias.
Habitaron primero estos hombres la vasta Hiperea,
vecina al país de los fieros ciclopes, que, haciendo
valer su vigor, les causaban perpetuos estragos.
Emigrantes de allí los condujo el divino Nausítoo
a las tierras de Esqueria, alejadas del mundo afanoso.
Él el muro trazó a la ciudad, hizo casas en ella,
levantó santuarios y dió en participación las labranzas;
pero ya, de la Parca vencido, moraba en el Hades,
y el rey era Alcínoo, varón de inspirados consejos.
Por su casa adentróse la diosa ojizarca Atenea
meditando el regreso al hogar del magnánimo Ulises.
Era un cuarto de ricos primores: en él reposaba
una joven que en talla y beldad semejaba a las diosas,
Nausicaa por nombre, nacida del prócer Alcínoo.
Dos sirvientas que hicieron hermosas las Gracias, dormían
a ambos lados tocando los quicios, las lúcidas puertas
estaban cerradas; mas ella, cual soplo de brisa,
hasta el lecho llegó de la joven y, puesta a su lado,
la figura tomó de la hija del nauta Dimante,
que a la infanta era igual en edad y su amiga querida.
Bajo tal apariencia le habló la ojizarza Atenea:
«Nausicaa, ¿por qué tan dejada naciste de madre?
Olvidados están tus preciosos vestidos, y el tiempo
de tus bodas se acerca: bien lindos tendrás que llevarlos
ese día y cuidar que los lleve el cortejo: renombre
con ello se alcanza, y el gozo en el alma a los padres
rebosa, sintiendo el rumor con que admiran las gentes.
Vamos, pues, a lavar con la aurora; yo misma contigo
iré a compartir la labor, porque pronto tus ropas
dispuestas estén; poco tiempo serás ya doncella,
que en el pueblo feacio, de que eres nacida, no hay
varón principal que no trate de hacerte su esposa.
No te tardes, que viene ya el día; da prisa a tu padre,

que saquen las mulas y enganchen el carro; pon dentro las cinturas, los peplos, los paños labrados, y sube tú misma al pescante; mejor te estará el ir montada, que no es corto de andar el camino del pueblo a las fuentes. Dijo así y al Olimpo marchó la ojizarca Atenea, donde dicen se halla la sede inmortal de los dioses, que no encrespan los vientos, ni moja la lluvia, ni alcanza la nieve jamás porque todo es un éter sereno sin nubes, abierto, inundado de cándida lumbre. Allí gózanse arreo los dioces felices; con ellos se fué la ojizarca después que exhortó a la doncella. Aprisa asomaba la aurora de espléndido trono despertando a Nausicaa gentil que, admirada del sueño, corrió por palacio ganosa de dar a sus padres el mensaje escuchado; a los dos encontrólos en casa; estaba la madre al hogar en unión de sus siervas, dando vuelta a los copos purpúreos; el padre, a este tiempo, marchaba a reunirse en consejo con otros magnates, por los nobles feacios llamado. Al verle Nausicaa parósele en frente y a hablar empezó de este modo: ¡Padrecito! ¿querrás que me armen el carro empinado de sólidas llantas? Llevar quiero a las aguas del río los lindos vestidos que están por lavar. ¡Te parece a ti mismo tan bien presentarte con trajes sin mancha cuando vas al consejo a tratar con los próceres! Tienes además cinco hijos que en casa han nacido: casados de los cinco son dos; los tres otros, gallardos mancebos. Estos siempre que van a bailar llevar quieren encima recién limpias las ropas: todo así para mí son cuidados».

Apena acortar la copia. Y apena, como ya fué dicho, no tener más que un canto de la *Odisea* así traducido. Este ensayo es, a mi ver, el máximo esfuerzo de aproximación a Homero hecho en lengua castellana, que ahí, en la versión rítmica de Pabón, nos parece tan de cera, cuando en realidad el traductor está empeñado en una labor de forja de hierro—de aquel precioso metal que el poeta califica «de difícil trabajo». La aproximación se intenta aquí aun en el ritmo mismo de la poesía homérica y, como el movimiento se demuestra andando, la posibilidad de remedar el ritmo del hexámetro clásico se demuestra con este canto VI de la *Odisea* traducido por Pabón.

Este califica «de fundamentalmente bárbaro», el verso empleado en su traducción, «ya que arranca de la impresión que dan a nues-

tro oído moderno los hexámetros latinos que en su inmensa mayoría suenan con cinco acentos y no seis». Siempre, en definitiva, se trata de ritmo acentual, único que nosotros percibimos y, por ende, el hexámetro «bárbaro» tiende automáticamente a disgregarse en dos hemistiquios, exactamente iguales en el famoso:

Inclitas razas ubérrimas / sangre de Hispania fecunda

o levemente desiguales en Pabón:

*Emigrantes de allí los condujo / el divino Nausitoo
a las tierras de Esqueria, / alejadas del mundo afanoso.*

Con ello vengo a afirmar, *pro domu mea*, que el intento de imitar el ritmo original es no sólo fundamentalmente bárbaro, sino esencialmente ilusorio. Una bella ilusión —poesía, por ende—, cuando la realiza un poeta como Pabón; pero que no puede hacerse ley para quienes modestamente renuncien a todo intento de remedo. Lo que da valor sumo a la versión rítmica de ese canto VI de la *Odisea* es que el ritmo —el solo propósito de hablar la lengua del ritmo— pone al traductor en estado de gracia poética, y esa gracia purifica la lengua, ilumina al alma y la hace translúcida a la gracia primera del original.

La obra, sin embargo, de Pabón sobre *Iliada* y *Odisea* está en prosa, una limpia y castiza prosa, como era de esperar de un maestro de la lengua, pero prosa al cabo, que no puede dar sino un lejano vislumbre de la poesía. Si toda traducción es —como dijo quien lo dijo— un tapiz flamenco vuelto del revés, en la traducción en prosa de una obra poética, no sólo se vuelve el tapiz del revés, sino que se desordena la trama misma de sus hilos. He aquí una muestra del canto I (versos 33-56).

«Así dijo. Asustóse el anciano y obedeció a lo mandado; encaminóse en silencio por la orilla del mar estruendoso; y, alejándose de allí, imploraba el viejo largamente en su camino al príncipe Apolo a quien engendró Leto, la bien crinada:

«Oyeme tú, el del arco de plata, que proteges a Crisa, a la divina Cila y gobiernas poderoso en Tenedos, ¡oh, Esminteo!, si alguna vez te alcé con tu agrado algún templo o abrasé para tí muslos suculentos de toros o cabras, cúmpleme tú ahora este voto; expíen los dánaos mis lágrimas por la virtud de tus flechas».

Así dijo en su ruego; oyólo Febo Apolo; bajó de las cimas olímpicas irritado en su corazón, trayendo sobre sus hombros el arco y la bien cerrada aljaba; so-

naban las flechas a la espalda del Dios enojado, según se movía; caminaba semejante a la noche. Colocóse a distancia de las naves y dejó escapar una flecha: terrible fué el chasquido del arco de plata. Descargó primero sobre las acémilas y los perros corredores; pero después tiró sobre ellos mismos, despidiendo sus saetas penetrantes; espesas ardían sin cesar las piras. Nueve días estuvieron cayendo sobre el campamento las flechas del dios; al décimo convocó Aquiles a la hueste en asamblea; se lo había puesto en la mente Hera, la diosa de los blancos brazos: en luto estaba por los dánaos, viéndolos morir de aquel modo...»

Así, poco más o menos, había también yo traducido a Homero y me pasó lo que luego le contaré al lector y fué origen de la nueva traducción que aquí le ofrezco:

«Guarte viejo, que yo junto a las naves contigo no me tope, ora que por de pronto te detengas, ora nos vuelvas adelante, porque de nada han de valerte ni el bastón ni las ínfulas de Apolo. A ésa, yo no la suelto. Antes vejez vendrá sobre ella en mi palacio, en la Argólida, lejos de su patria, a mi telar yendo y viniendo / y partiendo mi lecho. Pues vete y no me irrites, si es que quieres volverte sano y salvo.

Dijo así y temió el viejo y obedeció al mandato, y echó a andar silencioso, la ribera / bordeando del mar multisonoro, y luego, lejos ya de las naves, con fervida oración rogaba el viejo al soberano Apolo, a quien pariera / Leto, la diosa de las bellas trenzas:

—Oyeme, tú que el arco / disparas pura plata, que en torno a Crisa rondas y a Cila, ciudad sacra, e imperas sobre Tenedos potente: ¡Oh Esminteo!, si acaso vez alguna cubrí bella techumbre a tí morada grata; y si, cierto, quemé a tí en holocausto gruesas garras de toros y de cabras, cúpleme este deseo: Que los dánaos paguen con tus flechas, las lágrimas que vierto.

Así orando decía, y en su oración oyóle Febo Apolo que, el corazón sañudo, descendió de las cimas del Olimpo, a los hombros aljaba y arco—la aljaba que cubría doble tapa. Resonaron las flechas sobre el hombro del irritado dios al punto mismo de moverse, y él marchaba a la noche parecido. Sentóse luego a tiro de las naves y disparó su dardo y, pavoroso, el chasquido estalló del argénteo arco. A los mulos tiró primeramente y a los rápidos canes; pero pronto también la aguda flecha blanco hacía en los hombres y, frecuentes, las piras de cadáveres ardían...»

Mi versión de la *Ilíada*

Hecho el recuento de mis predecesores, mucho vacilé si debía decir yo unas palabras sobre mi propia versión de la *Ilíada* que ha de sustituir a la de Hermsilla en la «Biblioteca Clásica», o fuera mejor dejar al lector que diga sobre ella lo que mejor le plazca,

pues ni por el bien le han de premiar ni castigar por el mal, como en ocasión memorable fué dicho. Luego me he convencido de que, pues mi versión, para bien o para mal, no se parece a ninguna de las hasta ahora hechas en lengua castellana, era mi deber decir algo sobre sus peculiaridades. El primer lector que mi obra tuvo me comunicó, con franqueza muy de agradecer, su desfavorable impresión, tocante precisamente a su ritmo. Esta impresión me la expresó gráficamente diciéndome haber experimentado sensación semejante al que, bajando una escalera, siente de pronto que le falta un peldaño. Tozolón, pues, seguro, y habrá que dar gracias a Dios de que el peldaño no nos falte muy arriba.

Digo pues, ante todo, que mi intento, fracasado sin duda, ha sido traducir a Homero desde dentro, a imitación del platónico Ión, el rapsodo sinceramente envidiado por Sócrates, quien tan de alma se metía en el asunto o tema de su recitación homérica, que unas veces se le henchían los ojos de lágrimas, si el asunto era de lástima; otras, si de espanto, se le erizaban los cabellos o le daba saltos el corazón de puro miedo (*Ion*, 535 c). El rapsodo, según Sócrates, es intérprete del poeta, como éste lo es de las musas, y el traductor no puede aspirar a más y no es poco, que a entrar en el gremio de los rapsodos, en el caso presente, en el glorioso gremio de los rapsodas.

Sócrates sienta la regla, que se cae de su peso, de que el primer deber del intérprete es entender el pensamiento del poeta; Ión la acepta naturalmente y confiesa por su parte que eso es lo que más trabajo le ha costado en Homero (*Ion*, 530 c). Yo no diré que me haya costado trabajo la inteligencia de la letra de la *Iliada*; pero si algún mérito tiene mi versión, está en lo que del espíritu de la poesía homérica haya logrado pasar a ella. En qué medida, lo dirá el discreto lector; yo sólo puedo afirmar que a ello, como a blanco, he mirado constantemente.

En cuanto a la forma, confieso que alguna vez, en mis incontables lecturas de la *Iliada*, me cruzó por las mientes la idea de una traducción poética de ella; pero la rechacé siempre como una tentación. La sombra de Hermosilla me aterraba, y justamente cuando yo empezaba mi trabajo, un docto amigo declaraba la empresa imposible. Yo quise, pues, y eso me habían mandado, traducir a Homero en prosa; pero pronto me di cuenta, al traducir a Homero

desde dentro, que el intérprete de las musas se negaba a hablar por boca del rapsodo, intérprete del poeta, en el román paladino en el cual hablar suele el pueblo a su vecino, que pudiera ser una buena definición de la prosa. El ritmo —un canon riguroso en el andar de la lengua— se me imponía por necesidad interna. Yo estaba traduciendo a un poeta —al más grande poeta de todos los siglos—, y a un poeta no se le traduce con sólo sustituir la palabra original por la que el diccionario nos da como equivalente (que ya sabemos nunca equivale del todo). A un poeta hay que traducirlo —o intentar traducirlo— poéticamente. El fracaso será seguro —tanto más seguro cuanto más grande sea el poeta y menos poeta su trujimán; pero el intento será siempre glorioso o, por lo menos, honrado. A rehacer, pues, todo lo hecho. Y en lo hecho hallé la solución a mi problema. El problema era verter todo y sólo Homero —empresa hacedera en prosa—; pero con un movimiento que no fuera él a ras de tierra y arrastrado de la prosa. ¿Verso, pues, otra vez? ¿Las sombras fatídicas de García Malo y Gómez Hermosilla otra vez? ¿Un remedo del ritmo del hexámetro homérico, como parcialmente lo había visto ensayado por aquellos mismos días de mi faena y afanes sobre la *Iliada*? ¿Un trasplante del honrado mester de clerecía, con su cuaderna rima y todo, intento novísimo y también —creo yo— novísimo fracaso? Nada de eso, y no porque por cualquiera de esos caminos no se pueda llegar a una versión digna de Homero, sino porque yo no me consideré capaz de intentarla así. Por lo general, en un endecasílabo, no cabe un hexámetro y en dos, por lo general también, sobra. Habrá, pues, o que echar por el suelo, como vil viruta, fragmentos de poesía homérica o rellenar de borra propia los huecos que quedan en el verso. Yo no juraré que una y otra calamidad no se den en mi sistema rítmico, pero creo ser el que mejor los puede soslayar.

Mi sistema —de algún modo tengo que llamarlo— no es ninguna maravilla. Según un discreto amigo a quien se lo expliqué por vez primera, es el huevo de Colón.

Traduciendo a Homero en prosa —como era mi obligación y fué mi intención primera— la misma intensidad de ciertos pasajes y, en general, el ímpetu interior que yo quería dar a mi versión, hacía, sin que me diera de ello mucha cata, que las palabras se ordenaran en ritmos fijos, es decir, en versos. La cosa no puede ser más sencii-

lla ni el fenómeno más corriente y moliente en cualquier escritor. Abro un libro de Azorín. El libro es bello entre los bellos: *Una hora de España*. La obra es toda lírica, toda creación poética y, por ende, toda estruendosa y suave resonancia de ritmos. Sentados sobre la punta de un acantilado, nos parece estar oyendo el rumor infinito del mar. El mar del tiempo que se rompe a los pies del contemplador de lo pretérito. La maravilla de este ritmo de la obra azoriniana es que nos da la sensación de espontaneidad y por eso hablamos de prosa. Posiblemente, el autor esquivo el verso, y sin embargo, el verso, las sílabas contadas, afloran a cada momento por entre el bosque irregular —¡aparentemente irregular!— de los ritmos de la prosa. Pongamos, de entre incontables, un solo ejemplo, del c. XXIX, que se rotula «Corsarios»:

«Desde la montaña / llega a la ribera / un hondo barranco. / En el fondo / se ve culebrear un arroyuelo. / La arena de la playa, / todo a lo largo de la costa / es de color dorado. / Lope de Vega, en tres versos, / ha dado la sensación profunda / del agua que va y viene blandamente / sobre la arena suave...».

Cualquier poeta haría suyo ese bello endecasílabo:

Del agua que va y viene blandamente,

que parece cabalgar sobre las ondas mismas del manso oleaje, y se distiende seguidamente en esotro leve eptasílabo:

Sobre la arena suave,

como la ola misma cuyo ímpetu fenece entre blanca espuma, al remontar una leve duna de arena de la playa. Más arriba la combinación rítmica es de tetrasílabo más endecasílabo (4 + 11):

En el fondo / se ve culebrear un arroyuelo.

Luego viene otra más compleja:

*La arena de la playa,
todo a lo largo de la costa,
es de color dorado.*

Tenemos, pues, en el breve pasaje azoriniano, dos endecasílabos, no sueltos, sino combinados con un tetrasílabo y con un ep-

tasílabo; luego, dos eptasílabos, interceptados por un enecasílabo; versos todos perfectos, a sílabas contadas, y que, sin embargo, están ahí como nacidos, los halló, hablando aristotélicamente, la naturaleza misma.

Todos esos versos o ritmos —aristotélicamente también sabemos que el metro es una parte del ritmo— los hallé yo también en mi versión prosaica de Homero y los hallé donde la naturaleza misma los pedía y los buscaba y a mí se me habían inconscientemente escapado. ¡*Eureka!* El problema estaba resuelto.

Había que hacer conscientemente lo que, siquiera de modo esporádico, ya estaba hecho inconscientemente.

De la selva confusa de la prosa, de su vario rumor nacido de la espontaneidad, había que seleccionar aquellos ritmos que mejor dijera con mi intento de hacer hablar a Homero desde dentro, y su sinfonía dactílica, aunque transpuesta a otra clave, no se perdería del todo. Transposición, por otra parte forzosa, pues a ella no escapan ni los que pretenden remedar el hexámetro. A ver si logro explicarme.

He aquí un bello endecasílabo, como de quien es:

Saliendo de las ondas encendido...

El ritmo total —endecasílabo— está patentemente integrado por otros tres ritmos parciales, perfectamente claros: *Saliendo* (trisílabo) *de las ondas* (tetrasílabo) *encendido* (tetrasílabo). Luego ninguno de esos ritmos, aislados o combinados, romperán la marcha o tono endecasilábico, que tomo como fundamental, porque no podía ni pensar en tomar otro. Con esto dispongo ya de versos trisílabos, que rara vez uso, y de tetrasílabos, que prolongan el endecasílabo por su comienzo o por su final, y dan un ritmo de quince sílabas; pero además, de un octosílabo de 4 + 4, con acento siempre en sílaba impar:... *de las ondas encendido*, o de un dodecasílabo, 4 + 4 + 4, con la misma acentuación trocaica. Naturalmente, la combinación de 3 + 4 da el eptasílabo y desde chicos sabemos lo qué es una silva y nunca —que recordemos, sentimos que nos faltara un peldaño, cuando leíamos— y seguimos leyendo—a Don Luis de Góngora:

*Lagrimosas de amor dulces querellas
dió al mar, que condolido,*

*fué a las ondas, fué al viento
el mísero gemido,
segundo de Arión dulce instrumento.*

Pero el mismo derecho que el tradicional eptasílabo tiene el eneasílabo para andar del brazo con el endecasílabo, pues familia suya es legítima, y a su paso marcha, sólo dos dedos más bajos que él en estatura. He aquí otro bello endecasílabo:

Por ti el silencio de la selva umbrosa...

Basta quitar el epíteto final, para quedarnos en el eneasílabo: *Por ti el silencio de la selva*, que aquí nos suena a desafino insufriero; pero es porque nos está aún resonando el endecasílabo maravilloso de donde violentamente lo hemos desgajado. Y aun ese desafino y detonación, no faltarán casos en que estén muy en su lugar. Por ejemplo, cuando Antíloco da a Aquiles la noticia de la muerte de Patroclo, le dice así en mi versión:

«¡Ay, hijo de Peleo valeroso! Noticia por extremo luctuosa vas ahora a saber que ojalá nunca aconteciera...»

Poco hubiera costado convertir en endecasílabo ese eneasílabo subrayado; pero, o mucho me equivoco, o esa interrupción violenta del ritmo nos da la sensación del violento e irregular batir del corazón del mensajero antes de decir rotundamente la lúgubre noticia:

«Tendido está Patroclo, y ya en torno combaten del cadáver, desarmados, pues las armas, Héctor las tiene, el de fulgente yelmo »

Naturalmente, nacido este eneasílabo del endecasílabo, de los cuatro famosos y sonoros eneasílabos de Ruben Darío:

—Juventud divino tesoro
ya te vas para no volver,
cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer—.

Notemos, en fin que, la estructura del endecasílabo:

Por ti el silencio de la selva umbrosa,

es sensiblemente distinta de la del primeramente citado:

Saliendo de las ondas encendido.

El ritmo total está aquí integrado por otros dos parciales de 5 + 6:

Por ti el silencio de la selva umbrosa,

con lo que ganamos un par de ritmos más, los versos de cinco y de seis sílabas, no muy frecuentes, sin embargo, en mi versión. El que no aparece nunca es el decasílabo del tipo:

A las armas, valientes astures...

que nos brinca en la memoria desde los remotos años del colegio; ni tampoco el octosílabo de acentuación libre. Yo no sabría decir bien por qué me parecen que disuenan del ritmo endecasílabo; pero el hecho es que los he rechazado instintiva y sistemáticamente. Tal vez por ser pares, o por lo que sea.

En fin, como cabe la combinación de 4 + 11, tampoco me disuena la de 2 + 11. Por ejemplo:

Héctor, tú eres para mi padre y madre augusta...

Y poco más tendría que decir del cauce rítmico por donde ha de correr mi versión de la *Iliada*. Nacido de la prosa, de ésta conserva la libertad de movimientos, dentro de las limitaciones que me ha impuesto la tónica fundamental del endecasílabo y sus retoños, mayores y menores; pero, verso al fin, encuadra la palabra en su puesto insoslayable y la obliga al paso de marcha y la limpia y acendra en el crisol del ritmo poético. Humilde rapsodo del divino aedo, obligado absolutamente a recitarlo en lengua y tono que no fueron el suyo, no puedo olvidar que recito al más grande y más divino de los poetas y he querido hacerlo poéticamente.

Mi versión podrá ser buena, mediana o mala; lo que yo puedo afirmar es que no hubiera podido hacerla de otra manera, sin sentirme íntimamente infiel a Homero (es decir, sí la hice, y no tuve otro remedio que deshacerla y rehacerla). Esa íntima fidelidad de rapsodo al aedo ha sido mi ley suprema.

Incitación última

En realidad, toda versión homérica está de antemano condenada al fracaso. Homero sólo es Homero en sus imperecederos hexámetros griegos. Pero, naturalmente, no a todos vamos a pedirles el dominio bastante de la lengua helénica, para leer la *Iliada* en su texto original. Dar, en cambio, un trasunto, siquiera lejano, un pálido reflejo de esta inmortal poesía, será siempre obra de fraterna caridad humana. No vamos a decir con la peculiar exaltación romántica de Schiller que, aunque no se viviera más que para leer el canto veintitrés de la *Iliada*, no habría motivo de quejarse de la vida (tomo esta noticia de Pabón). Nosotros elegiríamos más bien el canto veintidós o el veinticuatro. Lo que no temeríamos afirmar es que la lectura de la *Iliada* y de la *Odisea*, es uno de los puros goces que pueden enaltecer y justificar nuestra vida. Hubo apolo-gistas cristianos primitivos, San Justino en particular, que creyeron generosamente que la filosofía griega en sus mejores logros o intentos había sido una anticipación de la revelación cristiana; y Sócrates, por ejemplo, que había vivido con el *Lógos*, es decir, conforme a la razón, fué un cristiano antes de Cristo. ¿Por qué no creer también nosotros que la poesía homérica, creación al fin de pura belleza, no sea un vislumbre de la eterna y sola belleza divina y que su contemplación, por ende, pueda levantar el alma a Dios? Quizá algún moderno apologista se escandalice y ponga más de un pero a esta idea mía; San Basilio Magno creo que me hubiera dado la razón. Y no me parece mala compañía.

Como quiera que sea, lo cierto es que la lectura de Homero, ora en la marcha triunfal, guerrera y épica de sus hexámetros, ora entre los tropezones de una versión vulgar, es una de las más incitantes de la literatura universal. Los héroes de la *Iliada* hablan una lengua que no sólo entendió la raza helénica que los creara, sino la humanidad entera que se ha visto simboiizada y enaltecida en ellos. Esta lengua es, en definitiva, la lengua del heroísmo. Si la *Iliada*, en su fondo, no es más que una inmensa tragedia, sus héroes no están dominados por el sentimiento trágico de la vida ni apunta jamás en ellos la duda ni la angustia enervadora de la acción. Su grandeza y su ejemplaridad está en superar o intentar superar las fuerzas trágicas que pesan sobre el hombre y su destino. La muerte es

cierta e inexorable; el horizonte no se dilata a un más allá esperanzador e incitante que pueda impulsar y sostener la acción heroica. Pero hay algo que la impulsa y la sostiene y es el amor mismo de la vida y la fe en la gloria venidera. Aquiles, en pasaje ya aquí aludido, prefiere vida breve y muerte gloriosa, que no vida larga y muerte oscura. Héctor el mas humano de los héroes de la *Ilíada*, cuando siente que los dioses le llaman irrevocablemente a la muerte; juguete que ha sido de Palas Atena, pronuncia estas palabras, resignadas a par de heroicas:

—«¡Hay dolor! Sin remedio, ya me llaman los dioses a la muerte. Yo creía que el héroe Deífobo estaba aquí a mi lado, cuando ahora él está sobre la muralla, y a mí Palas Atena me ha burlado. Mas ahora mi muerte está ya cerca; no está lejos mi muerte desastrada y sin remedio, pues así desde antiguo grato ha sido a Zeus supremo, así al hijo de Zeus, el flechador certero. Mas no quiero morir sin alto empeño ni sin gloria, cuya fama / perdure entre los hombres venideros.»

Ese heroísmo, esa superación de la muerte por una fe que vale más que la vida, puede tener raíz distinta en cada momento de la historia y aun en cada individuo; pero siempre será algo que nos permita contemplar lo temporal y percedero de nuestra existencia *sub specie aeternitatis*. Como quiera, solo la acción heroica —la acción nacida de la fe que nos trasciende— nos levanta de la impura animalidad y nos segrega de la muchedumbre innúmera y rebañiega, de los que son como si no hubieran sido.

DANIEL RUIZ BUENO.